

Jaime Chávez, el eterno cirujano del Seguro

Pablo Cuvi

Al igual que Rodrigo Fierro y Frank Wielbauer, Jaime Chávez Estrella también nació en el año de 1930; con más precisión, un 4 de enero, en la ciudad capital. Pero es el único que fungió una temporada de arquero suplente de Liga Deportiva Universitaria y de arquero del equipo de la Presidencia de la República durante el pacífico gobierno de Galo Plaza, exjugador del Gladiador. De modo que se jugaba el físico, y sobre todo las manos, que iban a ser clave en su profesión, pienso. Y él lo confirma: “En ese tiempo era un fútbol fuerte, grosero, al arquero no le respetaban, le cargaban, así que, en vez de coger la bola, tenía que botarla lejos con el puño o como fuera porque si no se iba adentro con todo y era gol. Ahora le tocan al arquero apenitas y ya es *foul*”.

Esta y otras historias me cuenta con voz pausada en su casa de la avenida Diego de Almagro, donde vive tranquilamente, en medio de plantas ornamentales y otros adornos, desde mucho antes que esto se rodeara de edificios y vehículos. Por ello, entrar a su casa (y a su vida) es ingresar a otra época, una época en la que el ejercicio de la medicina era casi un apostolado que tenía sus orígenes en el seno de la familia.

¿Por qué se dedicó a la medicina?

Yo quería ser aviador y era muy afín a la matemática, hasta ahora soy, pero mi madre no quería saber nada de que fuera aviador, por el peligro. En ese tiempo la aviación era algo tremendo. Posteriormente creí que debía dedicarme a la matemática, pero mi madre dijo que tampoco: “piensa en ser médico”. Y fue la mayor realización de mi vida. Las madres siempre tienen un especial sentido de ubicación para sus hijos. Mi padre no intervenía mayormente.

Cuando usted era niño, ¿cuáles eran los médicos que le curaban?

El doctor Miguel Andrade me veía los ojos. Y el doctor Arsenio de La Torre, que era médico general.

¿Tenía profesores médicos en el colegio?

El famoso doctor Paltán, que nos daba Anatomía, y también daba en la facultad; el doctor Luis León, de Biología; el doctor Merino, oftalmólogo; ellos fueron mis profesores en el Mejía.

¿Y algunos compañeros suyos del Mejía que luego se hicieron médicos?

Jorge Bracho, cirujano plástico; Gustavo Obando, ginecólogo; un compañero Egas también, de los que recuerdo.

¿Cómo eran las revueltas estudiantiles?

En el gobierno de Arroyo del Río los del Mejía salíamos en manifestaciones, íbamos hasta la farmacia Pichincha que quedaba en la Esmeraldas y Guayaquil. Pasaba la caballería, con el capitán Lombeida, me acuerdo, dando sablazos. Los guambros nos poníamos en la vereda de un lado y del otro con una soga tendida. (*El recuerdo pícaro le ilumina el rostro.*) Cuando pasaban los caballos, templábamos y ¡burún, al suelo!

Usted, muchachito, ya andaba tirando piedras.

Guambra del Mejía. Los universitarios hacían baluarte para las huelgas en la Casona, junto al Palacio de Carondelet. Me acuerdo de otra manifestación tremenda por El Ejido, el boxeador Cachorro Cazares iba al frente. Era la época de la guerra con Perú, en 1941.¹

¿Y cómo se convirtió en arquero del colegio?

Yo jugaba volley y básquet, nunca jugué fútbol hasta que en el quinto curso de Biológicas, mi compañero de banca, Oswaldo Espinel, luego veterinario, me dijo “no tenemos arquero en el curso, tienes que jugar de arquero”. Le dije que no sabía nada. “Para eso mismo, para que aprendas”. Tanto me insistió que tuve que aceptar y terminé seleccionado del colegio, el entrenador era un señor González. Así salí de futbolista....

Sin saber leer ni escribir. En aquella época Liga Deportiva Universitaria entrenaba en el Mejía.

Sí, claro. Me acuerdo del *Chile Díaz*, de Luis Armas, que estaba en el colegio y le decíamos *El Viejo*, de Luis Andrade, del *Cura López*. En el mes de octubre de 1951, empezando cuarto curso de Medicina, me invitaron a una gira de Liga a Guatemala, dije que bueno. Todos mis profesores de cuarto a quienes pedí permiso me aceptaron, menos el doctor Arsenio de La Torre, que era muy amigo de mi madre. Me dijo: “Ve, hijo, no hagas el viaje. Cuando seas médico tendrás muchas oportunidades de viajar al exterior, ahora vas a perder un mes de clases”. Pero a mí me parecía muy interesante salir al exterior con Liga, que quedó campeón de Pichincha al año siguiente.

Viajar en esa época era difícil, no como ahora.

Así era. Entonces me fui y pasé muy agradable con una delegación muy simpática, con Riveros, con Armas, con Orlando Ponce...

1 Mi tío, Rafael Sánchez Caamaño, participó en esa famosa manifestación que iba a exigir armas a la Casa Presidencial, ubicada en la avenida Patria. Contaba que Arroyo del Río, un gran orador, logró apaciguarlos. Aunque ‘le echaron el muerto’ solo a él, del desastre del 41 fue responsable el país y su historia, los desencuentros y la falta de una política externa coherente y única.

Con mi tío Jorge, que era *wing* derecho.

Claro, el *Caucho* Sánchez. Yo era suplente de *Capacho* Jiménez. (*Sonríe.*) Al regreso, el doctor Arsenio de La Torre me tenía en lista todos los días para molestarme. Tuve que dejar el fútbol para dedicarme a estudiar.

LOS MUCHACHOS DEL 48

¿Dónde funcionaba la Facultad de Medicina cuando usted entró en 1948?

En la antigua Casona Universitaria, que es ahora el Centro Metropolitano de Cultura. Y recibí clases de Anatomía al lado el hospital San Juan de Dios, donde había un anfiteatro. Ya en los cursos superiores recibimos clases también en el hospital Eugenio Espejo. En primer año se llamaba Anatomía Descriptiva; eso daba el doctor Rengel, lojano, un extraordinario profesor, después fue a Estados Unidos; también el doctor Palacios, cirujano torácico, y el doctor Virgilio Paredes Borja, que fue mi profesor, ambateño.

El historiador de la medicina, claro. ¿Cómo dictaban las clases?

Había la clase magistral para todos los estudiantes, y después por grupos con los asistentes. El primer año estaba dedicado a Anatomía e Histología, con el doctor Neftalí León, y en el segundo Anatomía Topográfica.

¿Cuántas mujeres tenía de compañeras en primer curso?

Unas veinticuatro mujeres.

¡Tantas!

Pasó una cosa muy especial. En ese año no hubo examen de ingreso a Medicina sino que iban a adoptar una nueva política: las mejores 80 notas de los bachilleres de la República podían entrar. Yo fui el mejor de Biológicas, pero entrábamos no más de cinco o seis así que el colegio Mejía protestó aduciendo que en las provincias y en los colegios confesionales tenían una mayor posibilidad de obtener puntajes altos porque no tenían las exigencias del Mejía. Por ejemplo, el vicerrector de la Universidad Central en ese tiempo, el doctor Julio Endara, el famoso psicólogo, tenía un hijo que fue mi compañero y él no entraba por el puntaje. Tras los reclamos, finalmente resolvieron que entráramos todos: 220 estudiantes. Así entró un grupo numeroso de mujeres.

Fue una excepción. La doctora Olga Guayasamín ingresó en 1961, trece años después, y solo eran cinco mujeres. ¿Cómo eran los exámenes en su tiempo?

Había el examen escrito. Los ayudantes de Anatomía, que eran estudiantes del curso superior, le tomaban un trabajo práctico que le mandaban a preparar: una rodilla, un codo; esa prueba era oral. Con dos compañeros del grupo nos reuníamos alternativamente en la casa del uno y del otro y estudiábamos hasta las doce, una de la mañana.

¿Qué libros usaban?

El *Tratado de Anatomía Humana*, de Testut; después, el de Rouviere. No teníamos tiempo para casi nada más que estudiar. A duras penas me daba tiempo para ir

a entrenar fútbol de doce a una o dos, cuando podía: dábamos una vuelta al estadio y jugábamos un partido, eso era todo. En segundo ya vino la Anatomía Topográfica, y Fisiología con el doctor Salguero. (*Por algo sale a relucir el nombre de Plutarco Naranjo.*) Cuando entré a la facultad, Plutarco Naranjo estaba en séptimo año y hacía su campaña para ser representante estudiantil ante el Consejo Universitario.

¿De qué tendencia?

Izquierda. Después fue director médico del IESS, en 1963, en la época de la Junta Militar. Yo le conocí bastante.

(*Va en busca de una agenda que conserva como una reliquia. Y lo es: corresponde al año lectivo de 1948-49, cuando entró a la facultad, y allí están los nombres de todos los profesores y las autoridades. Va leyendo algunos nombres y comentando brevemente.*)

Está el rector: Julio Enrique Paredes, médico general, trabajaba en el Eugenio Espejo. Fue mi profesor de Medicina Interna en quinto curso. Un hombre muy agradable, muy interesante. Tenía buen contacto con los estudiantes, tanto en la cátedra como cuando íbamos al pabellón del hospital en el que trabajaba.

Vicerrector, César Aníbal Espinoza, que era profesor principal de Clínica Psiquiátrica y Neurología. (*El estadio universitario lleva su nombre.*) Decano de la Facultad de Medicina, el doctor Carlos Pólit, un distinguido urólogo. Subdecano, Eduardo Flores, laboratorista; de joven jugó en Liga, con Antonio Salgado, que luego fue dirigente de Liga. (*Sigue revisando*). Doctor Jaime Ricaurte, extraordinaria persona, profesor de Fisioterapia y Clínica Radiológica, un muy buen radiólogo. Miguel Aráuz, que fue decano después, profesor principal de Terapéutica. Doctor Carlos Bustamante Pérez, uno de los cirujanos más notables de su época, fue profesor mío en sexto año. Era un cirujano rápido, elegante en la cirugía, muy buen profesor y una persona extraordinaria.

¿Él le inclinó a usted a la cirugía?

No, fue con César Benítez, que en el año cincuenta entró a la clínica del Seguro como jefe de Servicio y yo era externo o practicante. Él me formó y me guió, uno de los cirujanos más ilustres de este país. Iba yo todo el tiempo que podía, había facilidad de entrar a la clínica. Años después, en el gobierno de Carlos Julio Arosemena, le nombraron profesor principal de Clínica Quirúrgica y me pidió que le acompañara en la cátedra como profesor auxiliar *ad honorem*. Operaba también en la clínica Santa Cecilia, donde era jefe de Cirugía.

¿Qué le atrajo a la cirugía?

Tal vez las facilidades que me brindaron, el poder asistir y ayudar en los actos quirúrgicos, tener un contacto íntimo con el paciente en los momentos más graves, eso me atrajo.

¿Cuándo empezó el uso de la penicilina?

En el año 49 me llamaron a que le ponga penicilina a una connotada... persona aquí en Quito, que tenía sus líos y esas cosas. (*No la nombra pero yo pienso en la célebre Landines*). Un médico había recetado que le inyectaran cada tres horas. Ese fue mi primer contacto con la penicilina.

La penicilina ayudó muchísimo en la cirugía, ¿no?

Sí, pero más importante es la vivencia que tiene uno con el paciente, la responsabilidad frente a un ser humano que sufre, el hecho de compartir con él alegrías y sufrimientos, cuando se cura y viene a decirle “gracias, doctor” o cuando sufre para superar la enfermedad, pero lucha por su vida. Esa es la mejor medicina que tiene un cirujano.

Una vez, cuando era residente en la clínica del Seguro, le trajeron a un señor que era contador del Ferrocarril, con una oclusión intestinal muy muy marcada, un desequilibrio hidroelectrolítico muy grave, estaba en una fase casi terminal. Hablando con dificultad, me pidió que quería estar conmigo y con los hijos: “Doctor, permítame que vayan a comprar una botella de whisky, quiero brindar con ellos porque me voy a morir”. Le permití, él no podía tomar pero brindó por la familia, que los hijos siguieran siendo muy pegados a su madre y aconsejándoles que fueran honorables y honrados. Me impresionó tanto este hombre que no se preocupaba por su muerte sino por su familia y les daba indicaciones. (*Pasa a los hermanos Bustamante Pérez*).

Eduardo Bustamante fue casi como mi padre putativo, era el jefe de Ginecología y Obstetricia. Un gran ginecólogo, hábil, dedicado, bondadoso, con mucho señorío, era de las familias más distinguidas de Quito, fue senador de la República en el gobierno de Ponce Enríquez; el otro Bustamante Pérez fue ministro.

¿Dónde operaban?

Carlos Bustamante operaba en la clínica Pasteur, que quedaba en La Guaragua, al final del barrio de la Loma Grande. Y también en el Eugenio Espejo, donde era jefe de Cirugía. Le voy a contar una historia: mi primer nombramiento como médico fue como director del dispensario de Sangolquí, Amaguaña y Uyumbicho. Cuando estaba allí recibí una llamada del doctor Enrique Araya, me proponía que fuera de residente a la Clínica del Seguro. Terminaba yo mi residencia y el doctor Eduardo Bustamante Pérez, quien me protegió y ayudó y era el que nombraba a todos los médicos del Seguro Social, me propone ir al dispensario de Otavalo y Cotacachi porque dijo que casi le habían quemado los pobladores porque tenían muchas quejas. “Así que ayúdame”. Tanto le debía que me fui. Estamos en el año 1959.

Por esa época hubo la matanza de indígenas en el lago San Pablo, por el Chicapán.

No, estamos en septiembre del 59. Llegué a Otavalo en bus, dos de la tarde, fui al dispensario, no había nadie, ni enfermera, nada. A las dos y cuarto llegó el portero y le pedí un turno. Estaba esperando con otros pacientes, dos y media no llegaba el médico y había un poco de chacota entre los empleados. Llegó el médico y cuando me tocó el turno le dije que yo era el nuevo director del dispensario. Fue la conmoción. Les dije: “señores, esto no puede seguir así”. Se asustaron y se arregló.

(*Estuvo allí hasta enero del 60 cuando le ascendieron a Quito, pero en agosto subió Velasco Ibarra y a los pocos días no le dejaron entrar al Seguro.*) “Sabe, doctor, usted ya no trabaja aquí”, dijo el guardia. ¿Por qué? Fue un doctor encargado quien aclaró

luego el porqué: “Acaba usted de ser cancelado porque ha sido socialcristiano”. ¿Yo socialcristiano? No he sido nunca afiliado a nada. “Pero ha sido íntimo amigo del doctor Bustamante. Y estamos haciendo justicia ahora”.

(Resultaba que un muchacho al que había ayudado a conseguir trabajo, ya graduado, era el que le hacía cancelar porque era hermano de un diputado velasquista y quería el puesto. El doctor Chávez protestó y le dijo al subsecretario de Salud, Gómez de la Torre, que al Seguro le interesaba el mejor médico de los dos, así que hicieran un concurso. El subsecretario dijo: “Me parece muy correcto”. Presentó sus papeles y le devolvieron el puesto.)

DE TODO UN POCO, COMO EN BOTICA

¿Seguimos con la lista?... Doctor Manuel Villacís, el tío de Eduardo Villacís, fue mi profesor de Dermatología. Benjamín Wandemberg, que me daba Bacteriología y Parasitología.

¿Él hablaba con acento extranjero? Digo, por el apellido.

¡No! Hablaba el español como usted o yo. Era delgado, alto. Él creó el Banco de Sangre, que fue una gran ayuda. Hay hechos en la medicina relevantes en cada etapa, como el Banco de Sangre; la nutrición parenteral después. Se alimenta al paciente por la vena con ese complejo de proteínas, yo he mantenido a pacientes tres meses sin necesidad de comer. Empecé a usarla en el año 68, en el Seguro, a mi regreso de México.

¿Y los sueros?

Habían desde antes, pero esos solo hidratan.

¿Y cuando les añaden un antibiótico, por ejemplo?

Eso es para que esté pasando todo el tiempo y tengan acción permanente. Eduardo Zambrano, el *back* centro de Liga, fue representante de una casa comercial que trajo por primera vez a Quito la nutrición parenteral. *(Sigue mirando la agenda)*. César Jácome Moscoso, otro ilustre ginecólogo y obstetra.

Fundador de Liga, cuando se llamaba Universitario, en 1918, con su hermano Rodrigo; después se unió Carlos Andrade Marín. Por eso tenían el uniforme blanco y le llamaban “el club de los doctorcitos”.

Así es. El doctor Jácome era jefe del Servicio de Ginecología y Obstetricia de la universidad y era profesor titular, claro. *(Encuentra al siguiente)*. Después tenemos a Eduardo Bejarano, profesor de Anatomía Patológica. Y al famoso Ñato Estupiñán, de Clínica Quirúrgica.

Aquí está también el doctor Miguel Andrade, oftalmólogo, que me trató la vista cuando tenía siete años. Yo fui un chico mimado, muy escogedor de la comida hasta ahora; parece que eso me creó algún problema por falta de vitaminas y el doctor me mandó a que comiera legumbres hasta la saciedad. Hasta ahora las aborrezco. *(Sonríe)*. Eduardo Prado, mi profesor de Patología. Y Eduardo Flores, que jugó en Liga, vea usted. Yo tenía que dar el grado de Medicina Interna lo más rápido posible

porque tenía que aplicar a un puesto, así que me puse a buscar a los profesores para que formaran el tribunal. Le dije al doctor Flores que me hiciera el favor. “Tengo muchas cosas que hacer”, respondió. Pero se acordó de algo: “¡Ah!, pero vos jugaste en Liga una temporada, ¿no?... Yo te tomo el grado”. (*Risas. Le felicito por la solidaridad azucena*).

¿Cómo fue su grado de médico?

Di los exámenes, escribí mi tesis, di el examen de Medicina Interna. Eran cuatro tribunales, en cada tribunal hay tres profesores. El primer grado es la discusión de tesis, el segundo grado es sobre medicina interna, el tercer grado es la especialidad y el cuarto grado es una operación.

¿Sobre qué versó su tesis?

Cuando estaba en quinto, Eduardo Bustamante Pérez me recomendó que hiciera la tesis sobre placentografía. (*Cuenta que no fue posible pues las pacientes se negaban a cooperar, de suerte que debió cambiar el tema a selección de anestesia. Y remata la historia de su graduación*). Como tenía el trabajo esperando, le pedí al decano que por favor me incorporara. Así que él, la secretaria y el portero estuvieron en mi incorporación. De ahí fui enseguida a Sangolquí, Amaguaña y Uyumbicho. (*Sigue entusiasmado con la lista, que es un gran avance para esta memoria*). Leopoldo Arcos, gran profesor de Fisiología, era neumólogo, especialista en tuberculosis. Él era parte de LEA, que quedaba donde está ahora el hospital Pablo Arturo Suárez.

La tuberculosis retrocedió bastante con la estreptomocina, ¿no?

Fue un gran avance. (*Asoma otro de los grandes: Augusto Bonilla*). Mi profesor en 1954, decano de la facultad, jefe del Servicio de Traumatología del Seguro. Daba las clases a las siete de la mañana, generalmente presentaba *slides* y películas; ese material debe estar en la Casa de la Cultura, porque él había donado, de lo que yo supe.

Eso debió ser otro avance, presentar películas...

Yo tengo 3000 *slides* y 28 películas de mis operaciones; yo mismo las he editado y puesto música, antes de las computadoras. Ahora es mucho más fácil.

¿Todavía no se sabía del *Helicobacter pylori*?

No. Eso se descubrió hacer unos veinte años; es una causa presumible de cáncer porque no todo el que tiene *Helicobacter* va a tener cáncer, o todo el Ecuador tendría cáncer. Es un factor que predispone.

¿Usted se especializó como cirujano gastroenterólogo? Así asoma en Internet.

No, yo soy cirujano general. Lo que pasa es que durante los muchos años que trabajé en el Seguro Social hice 1005 operaciones de cáncer gástrico. Yo comencé con la técnica japonesa y también operé cáncer de páncreas. (*Vuelve a los nombres*). Veamos: José Cruz, de Psiquiatría.

¿Cómo eran sus clases?

Por ejemplo, explicaba qué es la histeria, causas, síntomas, exámenes que deben pedirse, medicación que tiene que darse. Pepe Cruz fue jefe de Psiquiatría del Seguro Social. Yo tuve mucha amistad con él. (*Comentó que era dueño de la clínica*

Guadalupe, todavía en la época de los electroshocks, pero cuando ya se empezaba a usar el litio. Yo lo sabía por otra tía mía. El doctor Chávez dice que no era su campo. En cambio, tuvo mucho contacto con Maximiliano Ontaneda, de una familia notable de Quito, jefe del servicio de Gastroenterología de la antigua Clínica del Seguro.)

El segundo apellido del actual rector es Ontaneda; su abuelo Ontaneda fue rector de la Universidad de Loja.

Claro, son lojanos. Al doctor Sempértegui no le conocía mayormente hasta el año 1979, cuando me nombraron presidente del Tribunal Electoral del Colegio Médico. Candidatos a presidente: Fernando Sempértegui y Jean Raad. Yo hice la ley de elecciones, que no tenía el colegio, y se realizó la elección. Una elección muy reñida. A Sempértegui le apoyaba el MPD, a Raad la derecha.

¿Y Alberto López, que era socialista?

Él era el presidente del Colegio Médico. Antes había sido mi interno, residente y cirujano conmigo, somos muy amigos. Pero se hizo la elección y hubo protestas, los partidarios de Raad decían que los del MPD iban a tomarse las urnas y trastornar los resultados. El reglamento decía que tenía que guardarse las actas, para escrutarlas al día siguiente, en la presidencia del Colegio Médico, bajo llave y con otras seguridades para que no pudiera entrar nadie. Algunos partidarios de Raad pedían que se fuera a guardar en las bóvedas del Banco Central, a las siete de la noche (*risas*). Les dije: “Vean, señores, si es que ustedes tienen tanto miedo de que pase algo, vayan a traer dos colchones y duerman aquí cuidando”. Al día siguiente ganó Raad por ocho votos. Nunca vi a un hombre perder con tanta decencia, con tanta caballerosidad y hombría de bien como Sempértegui. Desde ese día tuve el mejor de los conceptos.

PARA IRA LA GUERRA

Al empezar su carrera, ¿cuáles eran las principales enfermedades con las que debía enfrentarse?

La colelitiasis o cálculos de vesícula es una de las enfermedades más frecuentes en el aspecto quirúrgico. Según la estadística del Inec en cada año hay sobre 23.000 operaciones. (*Me asombro por la cantidad y el doctor me explica que, por una alteración del colesterol, la cal de la bilis se precipita y forma cálculos que pueden migrar*). La incisión era de un tamaño más o menos amplio para poder hacer una operación, eso hasta los años 90 que en el Seguro empezamos a hacer la cirugía laparoscópica. Entonces ya no se necesita abrir, sino que se introduce gas por el ombligo para inflar el abdomen y se introduce un visor, que es una camarita que le permite ver todo. Y por uno huequitos laterales se meten algunos instrumentos, como una tijera, un electrobisturí.

¿En qué consiste la operación?

Se corta la vesícula, se aspira y sale. Otras enfermedades frecuentes son la hernia inguinal, sobre todo en hombres, la hernia umbilical, la apendicitis aguda.

Desde la Segunda Guerra Mundial, a los oficiales que se iban graduando en West Point les sacaban las amígdalas y el apéndice para ir a la guerra.

También a las personas que tienen que hacer giras largas, subir montañas, ir a donde no hay centros médicos quirúrgicos: se puede producir una apendicitis y si no se le opera se produce una peritonitis y se muere.

¿Se sigue practicando esto?

Claro. Si se va a la jungla, al Amazonas, por varias semanas es preferible, profilácticamente, hacer una apendicectomía para evitar riesgos.

¿Cuál es la función de la apéndice? Por algo debe estar ahí, ¿no?

No se determina con exactitud. Es un órgano linfoideo que tiene que ver con la parte inmunológica también, pero no es de mayor utilidad. La función de las amígdalas es defensa inmunológica. Y de lo que yo opero: tiroides. En mi época se veía bastante bocio gigante por falta de yodo.

Eso fue lo que estudió el doctor Fierro.

Él fue mi compañero. Mi curso es un curso distinguido: varios ministros de Salud: Asdrúbal de la Torre, Gil Bermeo, Jorge Bracho, Rodrigo Fierro.

La úlcera también es frecuente. ¿Por qué se produce?

El estómago tiene unas secreciones que están regidas por el cerebro en parte, las emociones, el aspecto nervioso. El estómago tiene siempre un ácido, que puede producir una rayita que puede ir perforando cuando hay alteraciones de la motilidad del estómago, cuando hay aumento de cosas alcalinas, cuando hay emociones bruscas, hay un estado de estrés frecuente, pueden producirse las úlceras. También el *Helicobacter pylori*, descubierto hacer unos veinte años, es pre-disponible a la úlcera.

¿Y el cáncer de estómago?

Es una de las enfermedades, en el Andrade Marín, más frecuentes. Antes, en la antigua clínica del Seguro, yo vi aproximadamente seis casos al año, no más. Se hacía cirugía paliativa, no curativa, para que el paciente pudiera comer. En 1972 me puse a estudiar toda la literatura hasta que encontré que en Japón detectaban tempranamente el cáncer con la endoscopía digestiva. (*Cuenta que se pusieron en contacto con una organización japonesa especializada y se logró una detección más temprana del cáncer gástrico en el hospital Andrade Marín*).

¿Y el cáncer incipiente se puede curar?

Sí, yo tengo pacientes viviendo veinte y veinticinco años después.

COSAS DE LA DOCENCIA

Hábleme de usted en la cátedra,

En el año 63 fue nombrado el doctor César Benítez, jefe de la cátedra de Cirugía, y como César Enríquez y yo trabajábamos con él nos pidió que le ayudáramos. Entonces, el rector nos nombró como profesores *ad honorem* auxiliares. Integré la cátedra en un año que estuvo César Benítez de profesor

¿Cómo fue su experiencia de profesor?

Nunca tuve que ir a las aulas universitarias, toda la enseñanza se hizo en la antigua clínica del Seguro o en el Andrade Marín, donde teníamos nuestras propias aulas y la práctica para los alumnos. Como profesor auxiliar, fundamentalmente, yo daba la práctica, lo que hay que hacer, cosas elementales, cómo poner una sonda nasogástrica, una sonda en la vejiga cuando hay retención urinaria, cómo hacer pequeñas suturas. También asepsia y antisepsia.

La junta militar cerró la universidad y citaron para nombrar nuevamente a profesores, teníamos que concursar y presentar papeles. Ya como profesor auxiliar fui donde el profesor principal y me dijo “bueno, voy a enviar a un grupo de alumnos para que usted pueda darles una práctica de estudiantes”. Luego me dieron un grupo de estudiantes en el 66-67, para que les diera clase teórica además de las prácticas.

¿Cómo preparaba las clases teóricas?

En ese tiempo los profesores nos dividíamos la materia por grupos. Me tocaba dar patología de la vesícula biliar, patología del estómago, hernia hiatal, esófago, tiroides y páncreas. El doctor Burbano, del Metropolitano, Ricardo Carrasco, César Benítez junior, fueron mis alumnos en el año 69, en la última etapa del Seguro en el centro. En junio del 70 nos pasamos al Andrade Marín y seguimos con la misma distribución.

¿Cómo eran sus relaciones con los otros profesores?

Había el jefe de cátedra. Al comienzo era Raúl Vaca, una extraordinaria persona; estaba Luis Andrade, que era el cirujano de la clínica Pasteur; Luis Cueva Sotomayor; Alberto Bustamante, el hijo de Carlos Bustamante; Luis Granja, César Benítez, Byron Torres. Cuando teníamos reunión de cátedra, como éramos muy amigos no la hacíamos en la facultad sino en la casa de alguno de los profesores. Nos reuníamos en la noche, conversábamos, analizábamos el currículo, qué pasa con la cátedra...

Se tomaban unos whiskies...

Sí, era una reunión agradable, la mejor manera para tener armonía. En una ocasión se votó y fui designado jefe de cátedra, con auspicio de Raúl Vaca justamente, pero no quise aceptar por una simple razón: pasaba mucho tiempo en el hospital, siempre iba a saber qué estaba pasando en mi servicio, qué hacía un residente, qué hacen los demás. Por ejemplo, cuando fui director me interesaba que el paciente fuera bien atendido y saliera contento, porque esa era la misión del médico, a eso me había dedicado toda mi vida.

¿Qué es la docencia para usted, cómo la ejercía?

Desde que fui residente en la clínica del Seguro tenía la obligación de hacer docencia con quienes eran mis internos y externos. Esa obligación no la pone nadie, todo médico tiene la obligación de transmitir conocimientos a los que trabajan con él, unos más otros menos, a mí me ha gustado siempre la docencia, ha sido mi pasión, así como la medicina, he sido un ratón de hospital, he vivido siempre en el hospital. Toda actividad médica sin docencia es inconcebible, todos

los conocimientos tienen que transmitirse. El rato en que está pasando visita, con algún estudiante o residente, usted tiene que conversar por qué piensa de esa manera, por qué cree que se ha generado la enfermedad; eso es docencia, así como yo aprendía de mis maestros.

(*Con ironía*). Pero este rato solo los PhD son los que saben. Quiere decir que la medicina no existió en el país. ¿Y de dónde vinieron los conocimientos nuestros? Yo soy especializado, hecho y derecho en el Ecuador. Mi orgullo es decir que mi formación es ecuatoriana. He salido a otros países a hacer cursos: en el año 67 estuve en el hospital General de México, luego volví al hospital Oncológico; estuve en España en el 74, en el hospital Francisco Franco, ahora Gregorio Marañón, y en clínica Puerta del Hierro; he estado en Japón, en Buenos Aires y Santiago para observaciones, pero yo soy...

Ciento por ciento producto nacional.

Así es.

¿Cuál es el impacto de salir al exterior?

Cuando uno va a salir al exterior a hacer cursos de actualización, muchas veces no confía en su propia preparación, pero al llegar allá se da cuenta de que, en algunas cosas, uno está tan bien preparado como lo están allá. En Quito ha habido escuela en tubo digestivo, César Benítez era un cirujano extraordinario en toda la cirugía de la vía biliar, que no tenía que pedir favor a ningún extranjero. Igual en cirugía de estómago, era un cirujano muy hábil.

(*Cuenta que en México estaba asistiendo a una reconstrucción de las vías biliares por parte de uno de los más famosos cirujanos del DF y que había un procedimiento que acá lo hacían mejor. Pero habla también de lo que aprendió en España y en Japón, que tiene un índice muy alto de cáncer gástrico; allá descubrieron los efectos del Helicobacter pylori y otras cosas que él aplicó después acá*).

TRASPLANTES Y SINDICALISMO

¿Cómo era a fines de los 60 la cuestión política en la universidad?

Yo no intervenía en la política para nada. Iba, votaba y nada más, no tenía casi vinculación con la universidad porque toda mi enseñanza fue en el Andrade Marín.

En diciembre del 67 hubo toda la bulla porque el doctor Christian Barnard había trasplantado un corazón en Sudáfrica. ¿Se hacían acá trasplantes?

En la antigua Clínica del Seguro no hicimos nunca trasplantes. Recién en el Andrade Marín se empieza con los trasplantes de riñón, pero yo no trabajé en eso, allí trabajaban el cirujano nefrólogo y el cirujano vascular. Yo presenté en 1980 un programa organizado, inclusive con un artículo sobre el trasplante de hígado, nunca me contestaron. (*Cuenta que planteó varias veces montar un centro experimental de trasplantes, como el que había visto en México, pero nunca se logró hacerlo*). En México, en el hospital general, ayudé en un trabajo. Tenían un centro muy bien montado donde se hacía cirugía experimental, aquí no se logró nunca obtener eso.

¿Y ahora?

Ahora parece que se están haciendo cosas muy importantes sobre la educación, está muy bien que no cueste para que pueda la clase pobre acceder a la educación, y que haya tanta gente becada al exterior, todo esto es valioso. Lo único que no me gusta es que, supuestamente, lo que se ha hecho antes no sirve para nada; es gente muy tiernita y yo les aconsejaba que no desprecien lo de antes.

¿Cuáles son las operaciones más difíciles que ha realizado?

He sido un apasionado de la cirugía de cáncer gástrico, de cáncer del páncreas, que toma ocho o nueve horas. La otra cirugía que es apasionante es la reparación de las lesiones de las vías biliares, he hecho bastante cirugía de cáncer de esófago, de colon, de páncreas, de estómago fundamentalmente.

¿Se puede extirpar completamente el estómago?

Desde 1970 he extirpado una 300 veces el estómago completo por cáncer. Se llama gastrectomía total

¿Con qué lo reemplaza?

Se hace una unión del intestino con el esófago, queda sin estómago. En la década del 70 y parte del 80 me permití hacer un trabajo de 50 casos, supliendo al estómago, para lo cual cogía 60 centímetros de intestino, les hacía una apertura en la parte lateral de ambas capas intestinales, lo cual producía una bolsa que la ponía entre el esófago y el duodeno para crear un nuevo estómago.

¿Y funcionaba bien?

Claro, los pacientes podían comer normalmente. Recuerdo haber operado a un abogado que quince años después decía que en la noche tomaba un litro de leche con tres plátanos y no le producía problemas.

¿Cómo eran los congresos médicos a los que asistía usted?

La Sociedad Ecuatoriana de Cirugía rota cada cuatro años entre las sedes de Quito, Guayaquil, Cuenca y Manta. Cada una de estas ciudades organiza, cada cuatro años, el congreso nacional. Ahí se notifica a todos los que quieran presentar trabajos a la comisión organizadora.

¿Qué tipos de trabajos presentaba usted?

Sobre cáncer gástrico, cáncer de páncreas, tiroides. Presentaba nuevas técnicas, por ejemplo, esto de reemplazar el estómago.

Pasando a la cuestión sindical en el Seguro Social...

Yo participé en la lucha. Creo que los sindicatos, las organizaciones clasistas, siempre deben auspiciarse, siempre deben respetarse porque es la única manera para defender al trabajador de las injusticias de los patronos. Siempre he sido muy amigo de los trabajadores, por la injusticia que puede ejercer el poder. El poder busca distintas maneras para sancionar a quien le estorba.

¿Usted fue marxista en su juventud?

No, nunca fui comunista, pero conozco la Revolución Rusa, tengo alrededor de 5000 libros en una biblioteca extraordinaria. Como vicepresidente de la Asociación de

Empleados del Departamento Médico, en el año 1961, en la época del cuarto velasquismo, fui delegado ante la CTE. Ahí me encontré, en la calle Manabí, con distintos líderes sindicales, entre otros mi sastre, que era líder de los pequeños sastres. Le atacaban durísimo al Seguro diciendo que no atendía bien. Tuve que defenderlo en parte.

En el año 1963, con César Benítez, creíamos que, como clase médica, debíamos separarnos y establecer una defensa exclusivamente del personal médico y odontológico. Así fundamos la Asociación de Médicos, Odontólogos y Farmacéuticos del IESS, él como presidente, yo fui secretario.

¿Qué relación tenían con la Facultad de Medicina?

Nada, porque todos éramos profesionales, estábamos luchando por la clase médica profesional. Entre otras cosas, que un médico no debe trabajar ocho horas sino cuatro.

A los médicos se les ataca por mala práctica. Ahora hay estas leyes exageradas, ¿no?

Sí. Cuando fui presidente del Tribunal de Honor del Colegio Médico, le dije a la fiscal: el médico no tiene ninguna intención de hacer daño a un paciente; lo que sucede es que puede haber error humano, como en toda profesión, y tiene que haber un juez, con el asesoramiento de una comisión médica, para que evalúe si en realidad esta lesión que se produjo, esta mala práctica, fue intencional o negligencia o imprevención, capaz de que se conozca el caso y exista una legislación que pueda sancionar al médico. Pero no puede ser que crean que el médico es una mina de plata para pedir indemnizaciones o ponerle preso. Esa es una lucha muy dura, muy difícil.

¿Alguna vez se le murió un paciente en la mesa de operaciones?

Sí, uno. ¿Usted recordará que hubo la rebelión contra el Bombita?

Claro, el famoso '32 de agosto'.

Y hubo un tiroteo en la plaza San Francisco y a un herido le trajeron al hospital. Tenía una herida de bala en la parte lumbar. Se le puso catéteres y todo para el acto quirúrgico porque estaba en malas condiciones. Entré a operarle y encontré que había una gran hemorragia que procedía del hígado y habían lesionado la aorta. Hice todo lo posible por tratar de parar el sangrado, pero no era posible y se me murió en la sala de operaciones. Es el único caso, con lesión de aorta, de hígado y de la vena carótida.

Después de tantos años en esto, ¿cómo ve a la muerte?

(Hay un largo silencio antes de responder). Es la terminación de un ciclo de vida que no debe afectar a nadie porque uno nace, crece y debe morir, uno ha cumplido una misión en la vida y sabe que tiene que terminar. Lo que debe pensar siempre es hacer todo lo humanamente posible para ser feliz, para realizarse en lo que a usted le gusta, en lo que usted quiere. Nunca tratar de hacer daño a nadie, servir a la humanidad en todo lo que pueda, no buscar el rédito económico exclusivamente.

¿Cree que hay algo después de la muerte?

Soy católico, y siendo católico tendría que decir que en esta teología hay el cielo y el infierno, etc., pero no pienso en esas cosas; yo pienso que después de la vida no hay nada más, que lo que queda es polvo y nada más.